

La biblioteca del sótano

Hacía semanas o quizá meses que nadie bajaba al sótano, donde se encontraba la biblioteca. Solo el zumbido del extractor de humedad, que a ratos se hacía más intenso y luego disminuía de volumen hasta volverse casi inaudible, aliviaba algo la monotonía del lugar.

De pronto, en medio de la profunda oscuridad, sonó el ruido de un cuerpo al caer.

—¡Ay, ay! —se lamentó una voz infantil.

Ningún libro se atrevió a moverse. Poco después, la queja se repitió:

—¡Ay, ay!

Algunos libros se agitaron en sus estantes, inquietos.

Un ejemplar de *Hamlet, príncipe de Dinamarca*, se irguió entre sus compañeros, y carraspeó antes de hablar.

—¡Alto! ¿Quién va? —preguntó con gravedad, como un centinela desde su torre.

—Soy *Alicia en el país de las maravillas* —contestó desde el suelo la voz infantil, que hablaba muy deprisa—. Lo siento. No podía aguantar ni un minuto más sin moverme. Solo quería asomar el lomo, para respirar un poco, porque ahí arriba estamos muy apretados. Pero al hacer el esfuerzo salí despedida, y me he caído.

—¿Te has hecho daño? —preguntó otro libro, con una voz tranquila y clara que llegaba desde el extremo opuesto de la biblioteca.

—Identifícate tú también, por favor —le pidió Hamlet, que era un poco desconfiado y además quería intervenir en todo.

—Me llamo *Manual para la restauración de libros* —dijo el libro de la voz tranquila—. Enseño a encuadernar y a pegar las hojas, y arreglo las tapas estropeadas.

—¿Eres un libro práctico? —preguntó Alicia, esperanzada.

—Soy un libro como los demás —contestó el Manual, tras un breve silencio.

—No te pregunto eso. Ya supongo que eres un libro como los demás, aunque hablas muy despacio. Pero, ¿están cerca de ti los libros de cocina?

—Sí, creo que están por aquí. Con los de jardinería y las guías de viaje.

—Entonces eres un libro práctico —explicó Alicia con decisión—. Me gustan los libros prácticos, porque tienen ilustraciones. ¿Y de qué sirve un libro sin diálogos ni ilustraciones? Yo misma tengo algunas muy divertidas. En una de ellas hay una niña con el cuello muy largo, que soy yo, aunque no me parezco; y en otra, una oruga que está sentada sobre una hoja y fuma un narguile. Si hubiera luz, te las enseñaría.

—¿Seguro que estás bien? —insistió el Manual.

—He caído sobre una esquina, pero no me duele —respondió Alicia—. Por suerte, soy bastante ligera.

Hamlet volvió a carraspear.

—¿Por qué te quejabas, entonces?

—Para llamar la atención —contestó Alicia—. ¿No es lo que una debe hacer, cuando se cae? ¿De qué sirve caerse, si una no chilla y chilla hasta que todos se enteran? Además, si no me hubiera puesto a gritar, aún seguiríamos callados. Y llevamos demasiado tiempo callados, me parece a mí.

—Quizá el golpe te duela luego, cuando se enfríe —sugirió el Manual—. Si necesitas ayuda, llámame. Solo tienes que juntar las hojas y silbar.

—Gracias, lo haré.

Alicia juntó las hojas. Al principio no le salía, pero sopló y sopló hasta conseguir un silbido largo y estridente.

—¿Sucede algo? —preguntó el Manual.

—No, ¡qué va! Solo era un silbido de prueba.

Una voz atronadora rasgó la oscuridad, desde uno de los estantes superiores:

—¡Luz, luz, luz! ¡Hágase la luz!



Hubo un revuelo. Algunos libros se sobresaltaron y se arrimaron a sus compañeros.

—¡Alto ahí! ¿Qué es ese escándalo? —preguntó Hamlet—. Contesta, te lo ordeno.

—¿Me lo ordenas? —repitió la voz atronadora—. ¿Con qué autoridad? ¡Soy mucho más vieja que tú!

—Entonces sabrás que aquí no hace falta hablar a gritos.

—¡Hablar a gritos! ¡Llevo tantos años sin hablar que casi no reconozco mi propia voz! Estaba profundamente dormida y me habéis despertado con toda vuestra tonta charla sobre libros prácticos y silbidos. ¡Ahora ya no podré dormirme! Con lo que cuesta, a mi edad, echar un buen sueño...

—No puedes ser tan vieja —dijo Alicia para animarla y también porque quería saber su edad exacta.

—¡Soy tan vieja como las palabras! ¡Antes de que hubiera libros, yo ya existía! ¡Antes de que fueran escritas, la gente ya contaba mis historias! Por algo me llaman el Libro de los Libros.

A medida que hablaba, su voz se elevaba más y más.

—¡Ya lo tengo! —exclamó Alicia, que era un poco sabihonda—. ¡Eres la Biblia!

—¡Pues claro! ¿Quién, si no? ¿Es que no hay ningún libro en este sótano que sea capaz de encender la luz? —volvió a bramar, en un tono más imperioso—. No me gusta hablar con otro libro si no puedo verle la cara, es decir el lomo.

—Si quieres, puedo preguntar a los libros de bricolaje —sugirió el *Manual para la restauración de libros*—. Andan por aquí, pero creo que están algo sordos.

—¡Sí, hazlo! —contestó la Biblia, que parecía acostumbrada a mandar.

A lo lejos, el *Manual* repitió la pregunta.

—¿La luz? ¿Encender la luz? —respondieron los nueve tomos de la *Enciclopedia del Bricolaje* al mismo tiempo, con voz cantarina—. ¿No ves que estamos demasiado ocupados? La familia nos consulta un día sí y otro también. Si quieres que te atendamos, tendrás que ponerte en la cola.

La familia a la que se refería era, naturalmente, la propietaria de la casa.

—¿Qué cola? —replicó el Manual—. No sé por qué os dais tanta importancia. Nadie viene a veros, ni a nosotros tampoco.

Un escalofrío recorrió los estantes, porque el Manual había dicho algo que todos sospechaban, pero pocos habrían admitido.

Hacía mucho tiempo que ningún miembro de la familia pisaba el sótano. Nadie bajaba para coger libros, devolverlos, consultarlos, ordenarlos o quitarles el polvo.

—¿Encender la luz? Quizá yo pueda hacerlo —sugirió Alicia, que se había quedado pensando—. Al menos ya estoy en el suelo. Solo se trata de apretar el interruptor que hay arriba, en la escalera... Si recuerdo dónde está la escalera. Era por aquí... Creo que estoy acercándome.

Empezó a desplazarse en la oscuridad, flexionando el cuerpo hacia un lado y hacia el otro. Ya se encontraba cerca del primer peldaño, cuando se oyeron unos ruidos, procedentes de la planta baja.

La puerta del sótano se abrió y el cono luminoso de una linterna rasgó las sombras.

Alicia se arrojó al suelo.

Arriba, alguien apretó el interruptor. Los tubos de neón parpadearon y se encendieron, y sonaron unos pasos cautelosos.